La enseñanza de la Filosofía. Prevención injustificada

EUGENIO FRUTOS CORTÉS

La nueva Ley de Ordenación de la Enseñanza Media española ha impuesto la tarea de redactar nuevos cuestionarios de las disciplinas incluidas en el Bachillerato. Comisiones competentes trabajan en ello (1). No es cuestión de mediatizar su labor, por lo que estas líneas—referentes a la disciplina de Filosofía—no se refieren al contenido de esos cuestionarios, sino a cierta prevención que se viene observando al organizar la enseñanza de la Filosofía, tanto en la Enseñanza Media como en la Superior. Me refiero, concretamente a una cierta prevención contra la Historia de la Filosofía.

Observemos que por lo pronto se ha esquivado esta simple designación. En los cursos comunes de la Facultad de Filosofía y Letras figuraba con el nombre de "Historia de los sistemas filosóficos"—denominación que acepta el nuevo plan de estudios medios—y en la reorganización de los estudios facultativos este curso desaparece.

Quisiera advertir—antes de hacerme cuestión de los motivos de la mencionada prevención—que una "Historia de los sistemas filosóficos" apenas es historia, pues ésta exige la fluencia misma del acontecer, en cuya corriente ciertos hechos y personas pueden destacar con singular relieve, pero cuyo sentido histórico se pierde, si se aísla de ese fondo fluente. Las llamadas "épocas deslucidas" no dejan, por su deslucimiento, de formar parte de la historia, y sin ellas las "épocas lucidas" resultan históricamente inexplicables. Así, el estudio de los grandes sistemas filosóficos aislados es ahistórico, aunque se conserve el orden cronológico. No encuentran fondo sobre el cual destacar y que explique, históricamente, su aparición y evolución. Si parece preferible no estudiar la historia de la filosofía, podría titularse esa "asignatura", bien "Grandes sistemas filosóficos" o simplemente "Sistemas filosóficos", sin llamarla "historia", pues propiamente no lo es.

Pero no se trata aquí de una mera disputa sobre nombres. Conservando el título actual, pueden tratarse los sistemas en orden cronológico y, al exponerlos, encuadrarlos históricamente, justificando la denominación. Este encuadramiento, o el ocuparse de las "épocas menores", no significa acumulación de nombres insignificantes, sino precisamente dar significado al conjunto. La historia es siempre un todo.

Creo que la actitud advertida es clara señal de la prevención apuntada anteriormente. Se ha supuesto que el estudio de la historia de la filosofía engendra escepticismo en las mentes juveniles. Este

parece ser el motivo de aquella prevención, y sería un motivo suficiente, si, en efecto, produjera su estudio esas consecuencias. Pero hace falta saber si efectivamente las produce o si nos imaginamos que debe producirlas.

Un reproche semejante se ha hecho a la llamada "Teoría del Conocimiento". Pero no me parece que sea esa la razón por la que no debe figurar en los estudios de bachillerato, sino porque el escolar, a la edad en que debería estudiarla, no se hace cargo, por inmadurez, del problema gnoseológico. Esta razón no es válida—según la experiencia me lo ha probado—para la historia de la filosofía.

Esta misma experiencia me ha mostrado que el estudio histórico de la filosofía sólo produce escepticismo cuando se enseña inadecuadamente, bien porque para el profesor todos los sistemas se equivalen—esto es, él mismo es escéptico—o bien, porque no se sabe valorarlos debidamente. El cómodo recurso de exponerlos como si fuesen absurdos, de modo que queden refutados por su misma exposición, es científica y pedagógicamente inadmisibles. Cualquier alumno medianamente dotado puede pensar que si Descartes o Kant gozan de un puesto preferente en la historia de la filosofía, no lo han conquistado a fuerza de errores, que cualquiera puede refutar simplemente al hacerlos. La exposición debe ser enteramente objetiva, pero la crítica debe ser absolutamente rigurosa. Hace mucho que se superó la idea de que la historia de la filosofía es la "historia de las sectas", y una historia estudiada con el rigor expositivo y crítico que he dicho, no sólo no engendra escepticismo, sino que previene contra él, cuando el alumno lea y reflexione por cuenta propia. Si se le ha mostrado que las antinomias kantianas no son tales antinomias sino desde una posición previa insostenible, se ha adelantado mucho para alejar al estudiante del idealismo y del positivismo, pues es difícil que por sí sólo acertara a superar la posición kantiana.

Se me dirá que los escolares no se plantearían nunca el problema, en su mayoría. Es posible que de un modo riguroso, no; pero sí más o menos confusamente. Y siempre es posible que algunos se lo planteen.

Cuando los estudiantes de mayor vocación intelectual se encuentran un día, ya por cuenta propia, con estas cuestiones, si no las ha estudiado, piensan que les han sido escamoteadas, y de aquí es fácil sacar peligrosas conclusiones. Por ejemplo, que se le han ocultado porque no era capaz de refutarlas. La prevención contra la historia de la filosofía parece implicar cierto miedo a enfrentarse con la variedad del pensamiento humano, como si se temiera nau-

(1) Los cuestionarios de Filosofía para el Bachillerato, juntamente con todos los demás, han sido ya aprobados por O. M. de 21-I-54.

fragar en su oleaje. Yo creo que este peligro no existe, y que es, además, salvable en la enseñanza a jóvenes alumnos. Pero, si alguien piensa que existe, sería más gallardo abordarlo que esquivarlo, entre otras razones, porque con esquivarlo no desaparece. Quien acepte una filosofía cristiana encontrará siempre suficientes razones para mantener su verdad frente a otros sistemas y para valorar estos justamente, si de verdad conoce los otros sistemas y el suyo propio.

Por otra parte, es sabido que si la historia de la filosofía no es ya filosofía, hay que tenerla en cuenta en cualquier exposición sistemática, si no se quiere aniquilar ésta y dejarla, como muerta, expuesta a cualquier ataque sin defensa.

Independientemente del punto de vista estrictamente filosófico, hay poderosas razones de orden cultural que exigen el conocimiento del desarrollo histórico de la filosofía. Resulta imperdonable que una persona medianamente culta no tenga una idea general de los principales filósofos y de su significación en el mundo del pensamiento, como es imprescindible tenerla de los principales literatos o artistas.

Por lo que respecta a la enseñanza media, podría parecer que, en la distribución de materias en el vigente plan de estudios, se tendrá una desproporción entre la parte sistemática y la histórica, al consagrar a la primera un curso y a la historia otro, pues se daría a ésta tanta extensión como a todo el resto de la filosofía. A mi juicio, no hay tal desproporción, ya que la historia no es una parte más, sino una visión conjunta de todo el pensamiento filosófico, de modo que, al estudiarla, puede completarse la labor del primer curso sistemático, justamente al tratar de los sistemas filosóficos históricamente más importantes. Cabe, al desarrollarlos, exponer conceptos fundamentales o desenvolver más ampliamente los tratados en el primer curso, ya que unas "nociones" de filosofía, dada la extensión y profundidad que puede dárseles en el quinto curso del Bachillerato, han de limitarse forzosamente a las cuestiones filosóficas que se consideren capitales, pues el intento de abarcarlo todo, siquiera sea elementalmente, daría al cuestionario una extensión antipedagógica. Sin duda, no será fácil ponerse de acuerdo sobre esos límites y el contenido del cuestionario en cuestión. Pero es posible deter-

minar conceptos y problemas fundamentales, que sean considerados así generalmente, con independencia de las opiniones o preferencias subjetivas. La limitación que, no obstante, parece imprescindible, deja abierta la posibilidad de completar lo tratado en la "Historia de los sistemas filosóficos", sin perder por eso el sentido histórico, para no convertirlo en otro curso puramente sistemático.

En lo que se refiere a la enseñanza superior, si se considera que en los cursos comunes basta con el estudio de unos "Fundamentos de Filosofía"—lo que puede ser acertado, supuesto el estudio histórico del último curso de Bachillerato—, no cabe duda que para los alumnos que no cursen la Sección de Filosofía, pero sí la de Historia de la Pedagogía, el conocimiento del desarrollo histórico del pensamiento humano resulta imprescindible. Para los de Pedagogía, en conexión con la misma historia de la pedagogía, que sin una visión general del pensamiento filosófico resulta infundada y, probablemente, incomprendible. Para los de Historia, resultaría necesario el conocimiento de la filosofía antigua, la medieval o la moderna, según la especial orientación de sus estudios. Al suprimirse, pues, la "Historia de los sistemas filosóficos", en los cursos comunes, reaparecería en la especialidad de las dos secciones mencionadas, pero no como un curso general de historia de la filosofía, en la Sección de Historia, sino como historia de la filosofía antigua, de la medieval o de la moderna, según la orientación predominante en la Sección de cada Facultad. Cabría dar un solo curso o dos o, en algún caso, los tres, si la Sección lo exigía. Podría, también, estudiarse un curso de Historia de la Filosofía antigua y medieval y otro de moderna y contemporánea. Puesto que a cada Facultad se le permite presentar un plan razonado de estudios, en esas propuestas se podría incluir el curso o los cursos que la Facultad estimara pertinentes, fundándose en la preparación real que en ella se hiciese. Al Ministerio de Educación correspondería, después, dictaminar sobre esas propuestas.

Las sugerencias que aquí se hacen me parecen fundadas, pero, desde luego, son materia de opinión. Lo que me parece claro es que, en ningún caso, ni pedagógica ni científicamente, la prevención contra la historia de la filosofía, como engendradora de escepticismo esté justificada.